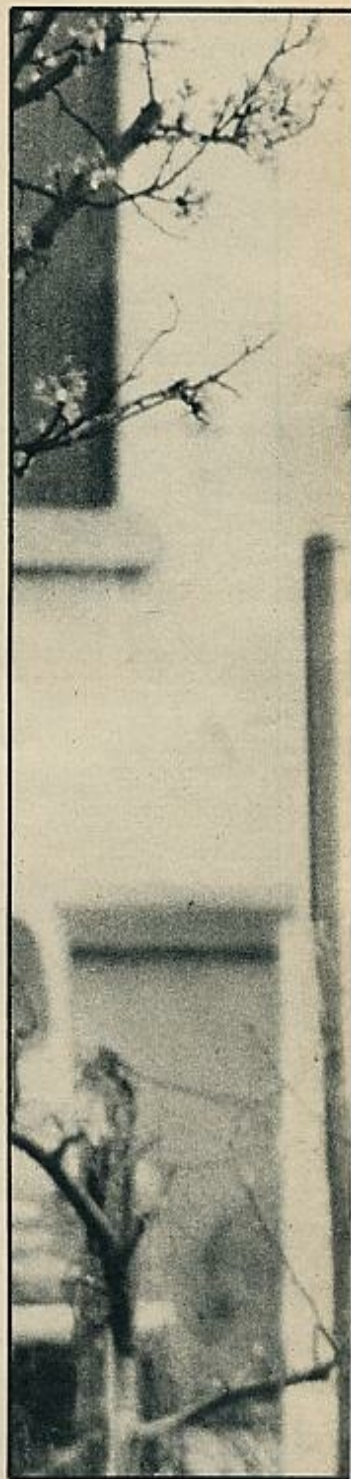




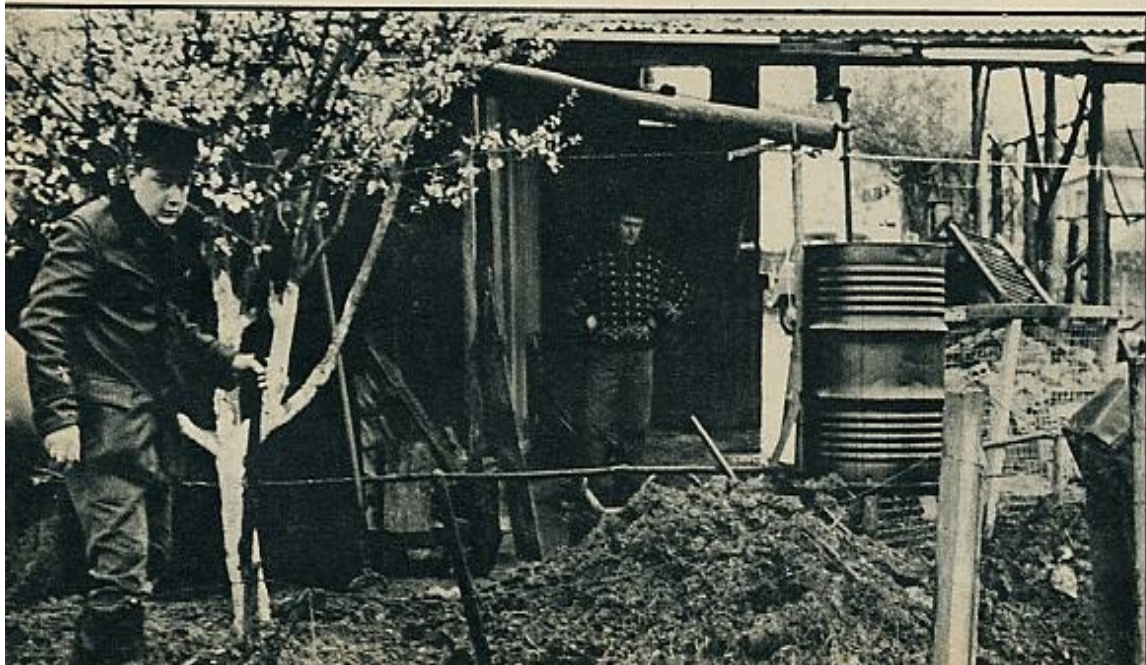
## Francia: Infanticidio múltiple

# EL MALTHUSIANISMO DE LA POBREZA

**«Suprimí a siete niños porque ya tenía cuatro. A los primeros los conservé para beneficiarme de los seguros sociales y conseguir un préstamo destinado a la compra de una casa. A partir de entonces no podíamos permitirnos el lujo de tener más hijos».**



Yvette Lelièvre ante su casa de Saint- desde hace veinte años. Si no hubie



El día 23 del pasado abril, cuando Francia se preparaba para el referéndum convocado por De Gaulle, un hecho vino a desplazar de las primeras páginas de la prensa las habituales noticias referidas al plebiscito que provocaría la dimisión del general. Aquella mañana, el país se enteró que un modesto matrimonio de Saint-Pierre-les-Nemours, pueblecillo del departamento de Seine-et-Marne, distante un centenar de kilómetros de la capital, había dado muerte —en el espacio de trece años— a siete de sus hijos: los seis primeros, ahogándoles en un barreño inmediatamente después de su nacimiento y enterrados en el jardín de su casa y, el último, quemado en la cocina y dispersadas sus cenizas en el exterior de su vivienda. Hasta aquí, el suceso que llenaría de asombro e irritación a la opinión pública francesa.





re-les-Nemours. Abajo, a la izquierda, André Lelièvre. Los gendarmes cavan en el pequeño jardín de la villa, buscando restos. «Estoy casada puesto remedio, habría tenido por lo menos veinte niños. Ya en el año anterior a mi matrimonio estaba encinta...», dijo Ivette en la gendarmería.

¿Sus protagonistas? André e Ivette Lelièvre, cuarenta y dos y cuarenta y ocho años, respectivamente. El marido, obrero en una importante fábrica de vidrio de la región. Los dos, acusados ahora de infanticidio múltiple. Asimismo, Marie Louise Pingot, sesenta y cuatro años, madre de Ivette, acusada de encubrimiento.

La historia de la pareja comienza en 1946, cuando ella trabajaba en una fábrica de candados y él, recién llegado de Alemania —adonde fue llevado por las tropas de ocupación e internado en un campo de trabajo—, comenzaba a trabajar en una empresa metalúrgica. Se casan poco después de conocerse. De nivel intelectual muy bajo —André no

consiguió superar el examen que daría fin a sus estudios primarios e Ivette, más afortunada, conseguiría acudir a la escuela hasta los catorce años— tuvieron que casarse rápidamente al conocerse el primer embarazo de Ivette.

### LA LUCHA POR LA VIDA

Francia no ha conseguido todavía recuperarse del desastre económico derivado de la última guerra. Las condiciones de vida son en aquellos momentos particularmente difíciles. Sacar a la familia adelante le cuesta a André trabajar hasta más allá del límite de





# Vd. tiene cabello...!



...que

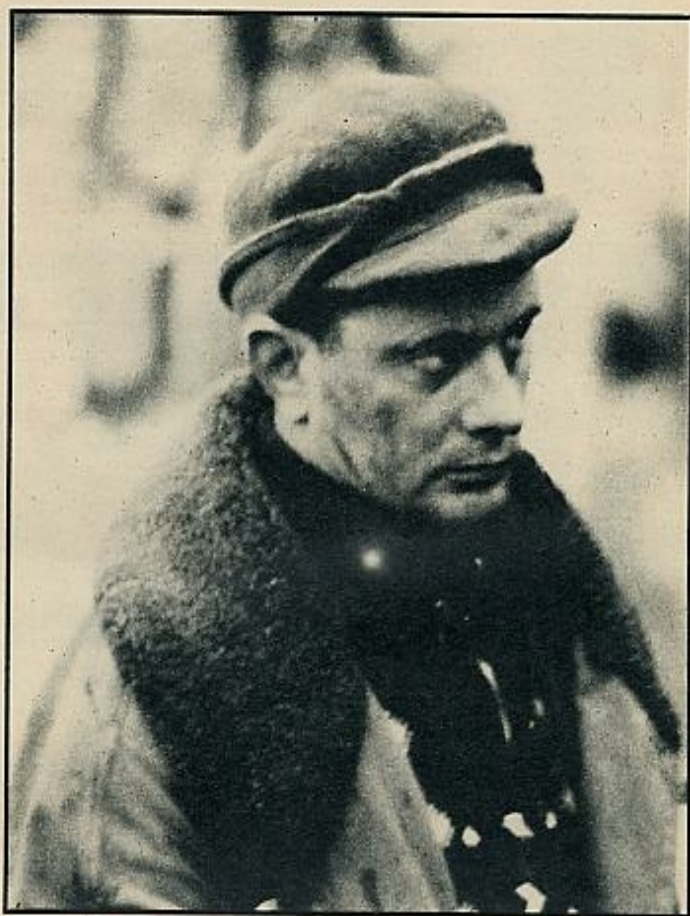
# PETROLE HAHN se lo conserve!



PETROLE HAHN evita la caída del cabello y elimina la caspa. Su cabello siempre joven, limpio y... perfumado con su agradable olor fresco.

**CONSULTE A SU PELUQUERO**

## EL MALTHUSIANISMO DE LA POBREZA



André, de cuarenta y dos años, estuvo en Alemania en un campo de trabajo. Su nivel intelectual es bajo y no acabó los estudios primarios.

sus fuerzas. Después del primer hijo, Jean Claude, vendrían Micheline, Claudine y Jean Pierre. Hasta entonces, la historia de los Lellèvre sería como la de una de tantas familias numerosas de condición obrera. Es en 1956 cuando deciden suprimir el fruto del nuevo embarazo, dando comienzo de este modo a la larga serie de infanticidios. Así se expresó en el interrogatorio:

«Estoy casada desde hace veinte años. Si no hubiese puesto remedio, habría tenido, por lo menos, veinte niños. Ya en el año anterior estaba encinta... Pero mi madre me ha enseñado a quitármelo de encima. Después acepté los niños que me vinieron: en 1951, Jean Claude, el primogénito —que ahora tiene dieciocho años—. Después, Micheline —diecisiete años—; Claudine —catorce años— y, en 1955, Jean Pierre.

«Pero a principios de 1956, otra vez encinta, provoqué el aborto quemando inmediatamente después el feto. A finales de año tuve una niña. La suprimí. La enterramos en el jardín de la casa que ocupábamos entonces. Y, a principios de 1958, otro niño. Hice exactamente lo mismo. Mi madre estaba de acuerdo conmigo; se encontraba junto a mí cuando mi marido hacía los hoyos en el jardín. A finales del mismo año nació Jean-Marc. Para entonces ya vivíamos en nuestra nueva casa, en mejores condi-

ciones de alojamiento y por eso decidimos conservar al niño. Aunque nos equivocamos: en 1960 murió atropellado por la camioneta del panadero. En 1962 tuve una niña, que ahogué en un barreño; ella fue la primera en ser enterrada en nuestro nuevo jardín. En 1963 di a luz a Jean-Jacques; lo acepté para que sustituyera a su hermanito muerto en atropello, ¿comprende?»

«Después, en 1954, tuve una niña que murió en el momento justo de su nacimiento. No intenté reanimarla. Y en 1967 y 1968 nacieron dos niños. Volví a utilizar otra vez el barreño.

«Por último, el pasado 2 de abril tuve otro niño que no quería. A aquél lo introduje en la cocina de carbón y, después de haberle rociado de petróleo para que todo fuera más rápido, lo quemé. Para éste no hubo agujero en la tierra del jardín, ya muy bien cultivado por mi marido. Sus cenizas las dispersamos sobre la tierra.

«Entre tanto había abortado tantas veces que ya no me acuerdo de las fechas; en ocasiones se hacían por sí solos. No escondía nunca nada a mi marido. Esperaba a que volviera por la noche de su trabajo para enseñarle el recién nacido, que tampoco él quería. Después hacía "lo necesario" y mi marido se encargaba de buscarle un lugar en el jardín.»



**«Se acude a la asistente social, que le envía el médico, quien a su vez le vuelve a enviar a la asistente social. Es un círculo vicioso que no acaba nunca...».**



Ivette señala el lugar de los enterramientos: «Había abortado tantas veces que ya no me acuerdo de las fechas; en ocasiones se hacían por sí solos. No escondía nunca nada a mi marido. Esperaba a que volviera de su trabajo para enseñarle el recién nacido que tampoco él quería».

#### «UNA ESPECIE DE INDIFFERENCIA»

El capitán Ducourneau, a quien le llegó la denuncia anónima que permitió el descubrimiento de la masacre y encargado de la investigación, se mostraba atónito ante las declaraciones de la parricida. La confesión le fue arrancada al cabo de dos horas de interrogatorio en la gendarmería. Sin muestras de arrepentimiento, sin una lágrima, Ivette Lelièvre dio inmediatamente toda clase de detalles, confirmados poco después por un marido sereno, que no dudó en manifestar su asombro ante el espanto causado por el relato de su esposa. También él encontraba perfectamente normal lo que habían hecho.

Para el capitán Ducourneau no se trata de una cuestión de cinismo por parte de la pareja homicida, sino más bien de indiferencia. Su bajísimo nivel intelectual les hacía desconocedores de las más elementales leyes fisiológicas. Los encargados de la investigación se asombraban por el hecho de que, durante todo ese tiempo, Ivette Lelièvre no hubiese decidido acudir en ayuda de una asistente social o de un médico. Una madre de familia, vecina de los Lelièvre —a quienes apreciaba por su afición al trabajo y por su dedicación a los hijos—, intentaba justificarles del siguiente modo:

«Ocurre siempre igual. Se acu-

de a la asistente social... que le envía al médico, quien a su vez le vuelve a enviar a la asistente social. Es un círculo vicioso que no acaba nunca. Lo que ha hecho Ivette Lelièvre —concluye— no es un crimen».

Los testimonios en favor de los Lelièvre son numerosos. Quienes les conocen dicen de ellos que son «buena gente», «muy serviciales» y «buenos vecinos». Lo cierto es que los cinco hijos que decidieron conservar no tienen queja alguna de sus padres; tampoco ellos podían creer lo que sus padres confesaron. Sabían que su madre se levantaba todos los días a las seis; que tenía permanentemente aspecto de agotamiento y que, sin embargo, a ellos no les faltaba ni cariño ni dedicación. Su padre, cuando estaba fuera del trabajo, pasaba todo el tiempo en casa, con la familia. Al margen de ellos, sus pasiones se centraban en la casa y su jardín, al que dedicaba muchas de sus horas.

#### «UNA CUESTION DE ECONOMIA»

No resulta extraño que, desde su punto de vista, los Lelièvre decidieran no tener más hijos cuando vieron que apenas podían sobrevivir siendo seis en la familia.

«Suprimí a siete niños —diría ella más tarde— porque ya tenía



El capitán Ducourneau recibió una denuncia anónima que permitió el descubrimiento de la masacre. Ivette confesó después de dos horas de interrogatorio en la gendarmería. No dio muestra alguna de arrepentimiento. Para ella todo era lógico y natural.

cuatro. A los primeros los conservé para beneficiarme de los seguros sociales y conseguir un préstamo destinado a la compra de una casa. A partir de entonces, no podíamos permitirnos el lujo de tener más hijos».

Y respondía al capitán Ducourneau con las siguientes frases: «¿Dice usted que soy una criminal? ¿Acaso mis cinco hijos vivos no están bien cuidados, en buena salud, educados y todo eso?».

Aunque muchos se preguntan cómo no pudo descubrirse antes la larga serie de infanticidios, perpetrados durante los últimos trece años, la respuesta no deja de ser fácil: por una parte, los embarazos de Ivette Lelièvre se sucedían unos a otros; su aspecto físico era casi siempre el mismo. Por otro lado, a los padres no les resultaba difícil apartar a sus cinco hijos de la casa sólo el tiempo necesario para el parto y la posterior desaparición de los niños.

Los dos parricidas han pasado ya ante el juez que instruye el proceso. Un proceso que, por insólito, promete ser sonado. La sociedad francesa no se ha repuesto todavía por el anuncio de estos crímenes. A los culpables, el castigo que merezcan. Pero, ¿no habría que exigir también responsabilidades a esa sociedad que los ha hecho posibles?

(Reportaje gráfico exclusivo: YVES LEROUX, Gamma)